

# UN CHICO LLAMADO JOSÉ

Carlos Campana

*El 25 de febrero se cumplen 232 años del nacimiento de San Martín. Aquí recorremos un aspecto poco conocido en su historia: la niñez.*

Un hombre de apellido San Martín llegaría a Buenos Aires en 1764, por primera vez por orden real, para instruir un Batallón de Milicias. Después lo enviaron a la Banda Oriental como administrador de una estancia que perteneció a los Jesuitas en la “Calera de las Vacas”. Este militar se llamaba Juan y en 1770 conoció en aquella aldea llamada Buenos Aires a una señorita española con el nombre de Gregoria Matorras con la que se casó en la misma ciudad, el 1 de octubre de 1770. Así los flamantes esposos se trasladaron a Calera de las Vacas para formar una familia.

De hecho, los tres primeros hermanos del General José de San Martín eran originarios del país oriental. En 1771, doña Gregoria Matorras de San Martín dio a luz a su primer vástago que fue llamado María Elena; al año siguiente nació el primer hijo varón, con el nombre de Manuel Tadeo; dos años después, los San Martín tuvieron otro niño que fue bautizado como Juan Fermín Rafael.

En diciembre de ese mismo año, el gobernador de Buenos Aires, José Vértiz y Salcedo nombró a Juan de San Martín, teniente gobernador de Yapeyú. La familia se trasladó hacia aquel lugar, que había sido fundado el 4 de febrero de 1627 y su nombre completo era “*Reducción de Nuestra Señora de los Tres Reyes de Yapeyú*”. Tanto los portugueses y los aborígenes -varos minuanes y charrúas- invadían permanentemente el territorio.

Allí, en 1776, los San Martín encargaron a otro niño llamado Justo Rufino, y el 25 de febrero de 1778 nacería el último de los cinco hijos, llamado José Francisco.

Al día siguiente fue bautizado por fray Francisco de la Pera, en la que fueron sus padrinos don Cristóbal de Aguirre y doña Josefa de Matorras, hermana de doña Gregoria.

## Un día en lo de San Martín

En la pequeña población de Yapeyú, doña Gregoria y el teniente gobernador Juan de San Martín criaban al último de sus pequeños rodeados de varias sirvientas.

El bebé de doña Gregoria, “*niño José*” le decían, era fajado por alguna de sus sirvientas, casi como a una momia, porque se decía que si no el chico podría adoptar modos de andar como los animales. A parte de su madre, las amas de leche le daban de amamantar al pequeño permanentemente, porque se creía que si a un recién nacido se lo alimentaba con leche vacuna o de otro animal doméstico se corría el riesgo que cuando creciera pudiera adquirir comportamientos típicos de éstos.

## Sin pañales descartables

En aquella época existía un concepto muy diferente en el cuidado de los niños, al que hoy tenemos. Por supuesto que no habían pañales descartables perfumados, ni las toallitas húmedas, ni los medicamentos para las escaldaduras e irritaciones. En estos bebés, y en el pequeño José, las costras, úlceras, irritaciones que acumulaban bajo su indumentaria eran numerosísimas. Además, se creía que mantener los pañales sucios –como era costumbre– poseía un valor protector ya que creían en las virtudes benefactoras y protectoras de la orina. Por esta razón las madres y sirvientas simplemente, se contentaban con dejar que los pañales se secaran empapados de orina sin lavarlos.

Como la mayoría de los niños de aquella época, la cabecita de José era protegida por un gorro de tela, poniéndole en su interior una capa de grasa que llamaban el “*sombrero*” y estaba destinada a resguardar la parte superior del cráneo.

Así, el niño fue creciendo y amamantado por hasta los tres años. Luego de los seis meses, el último hijo de los San Martín, comenzó a comer papilla y sopa hecha de pan, agua y aceite. Al crecer, doña Gregoria vistió a su hijo con un corsé duro y ajustado, tal era la costumbre, para que el niño se formara de un buen talle.

## No llores por mí Argentina

En aquel pueblito de Yapeyú, el niño José crecía estimulado por su hermana María Elena, quien lo paseaba por los alrededores de su casa. Cuando tenía tres años, su padre recibió una orden del virrey de trasladarse hacia Buenos Aires. Entonces la familia San Martín, marchó hacia la capital del virreinato del Río de la Plata.

Ya en la casa de Buenos Aires, el pequeño con cinco años, imitaba a su padre, jugando a los soldados con sus hermanos mayores, fantaseando peleas en grandes batallas. A fines de 1783, Juan de San Martín, su esposa Gregoria y sus cinco hijos, partieron en la fragata “*Santa Balbina*” hacia España.

Aquel niño de cinco años, volvería 28 años después a estas tierras, con una misión muy especial: ser el libertador de América.